

Carta póstuma a Alberto Miralles,

el más grande defensor de los autores vivos
que nos ha dado la historia del teatro

“Que mi voz suba a los montes
y baje a la tierra y truene”
(MIGUEL HERNÁNDEZ)



Portada de uno de los libros de Alberto editado por nuestra Asociación de Autores de Teatro (AAT) de la él fue el principal promotor.

Mi querido y entrañable Alberto:

Cree la irremediable y necesaria muerte que ya no estás entre nosotros. Está muy equivocada respecto a tu caso, pues tu vida seguirá presente aquí hasta, por lo menos, que muera el último de tus amigos que te recuerde o te añore en la gran gesta que ha sido tu existencia.

Ya sé que, pese a cosechar no demasiados éxitos si te comparamos con Lope o Calderón, vives para siempre en ese trascendente paraíso de los creadores junto a Federico, a Lauro Olmo, a Buero o a nuestro paisano oriolano-ilicitano Miguelito. Quizá tus textos dramáticos no entren a formar parte de los grandes

clásicos del Siglo de Oro: no están los tiempos que corremos para dedicarse a valorar la ímproba tarea de crear en la sombra y en el fiel anonadamiento cotidiano. Tampoco creo que fuera ésa tu intención, pero sí serás el primero de la lista, que, sin duda, tendrá que ir confeccionando la historia del teatro en un apartado específico que tú inaugurarás, del Clasicismo Apologético del Autor: los Médicis, pese a que ejercieron la promoción de autores plásticos, no llegaban a darte sopas con honda en esta tu desinteresada y existencial vocación de defensa de los dramaturgos vivos.

Cuántas veces insistías y reiterabas una y mil veces ante las diversas juntas directivas de nuestra Asociación de Autores de Teatro (creo que sin ti jamás nos hubiésemos agrupado) exigiéndoles que dieran la cara ante la mínima referencia negativa que algún que otro personajillo de candelero hacía afirmando que los clásicos del teatro habían muerto y que existía un notable desierto en el panorama de la dramaturgia actual... Tal fue así, que nos daba miedo perderte y quedarnos desprotegidos.

Recuerdo que, en una de aquellas (ya míticas, ¡qué pena!) tertulias que ofrecía La 2 de TVE antes de la emisión de una buena función, Natalia Dicenta te llevó al plató, junto a otras elocuentes personalidades del mundo de la farándula, para que dijeras al público seducido por la escena lo mucho que valorabas a los autores: que nos afirmabas y nos querías y que lo importante era que los dramaturgos necesitábamos existencialmente contemplar, con nuestros ojos vivos y dirigidos hacia las tablas, nuestros proyectos que habíamos soñado, proyectado, elaborado y escrito. ¿Para qué, si no, si sólo reconocen nuestros méritos después de la muerte?

Y es que comprendí, desde el primer momento en que te conocí, que la literatura dramática ha de sostenerse sobre tres pilares para que llegue a ser

teatro: 1) el autor con su proyecto convertido en guión; 2) el actor; y 3) el público. Si falta tan sólo una de estas columnas fundamentales, el resultado siempre queda deteriorado, cojo, adulterado, descafeinado y desamparado. Tú apostaste por las tres: para que el dramaturgo encontrase a unos intérpretes que levantaran el telón ante el pueblo cautivado para que reflexionase sobre las coordenadas de la más genuina y profunda urdimbre de la realidad que se le está ofreciendo desde la ficción hecha espectáculo.

¿Y nuestro Congreso en el mismo Ayuntamiento de San Sebastián? ¿Te acuerdas? Cómo nos convocabas y nos agrupabas, desde todos los pasillos del recinto, cedido galantemente por toda la Corporación Municipal, para que convergiéramos en la Asamblea con el consenso vinculante de todos por la defensa del Autor Teatral Contemporáneo.

Ahora, que ya has pasado al Olimpo Dionisiaco, supongo que continúas con tu tenaz reivindicación de que sigamos estrenando los que aún quedamos de esta parte del tiempo y que aceptas, con tu típica y clara humildad, que nuestras obras de teatro te importen más que las tuyas. Sé que no te avergüenzas de que tus creativos y esmerados frutos permanezcan relegados a lo que ya es la clásica literatura y que lanzarte esta creencia es todo un honor para ti.

Yo me quedo con tu digno gesto, con tu valiente lucha y con tu diáfano compromiso: con estos ingredientes que condimentaban tu cariñosa entrega llegaste a la cima de la solidaridad. ¡Gracias, Alberto!

Un abrazo de tu siempre compañero y amigo.

Miércoles 3 de marzo de 2004,
sobre las cuatro de la tarde,
después de tu incineración.

Jósant Ferrándiz Hernández

Nota P. S.- Este artículo fue publicado en “República de las letras”, revista de la ACE, número 86, Tercer trimestre de 2004, págs. 82-83.